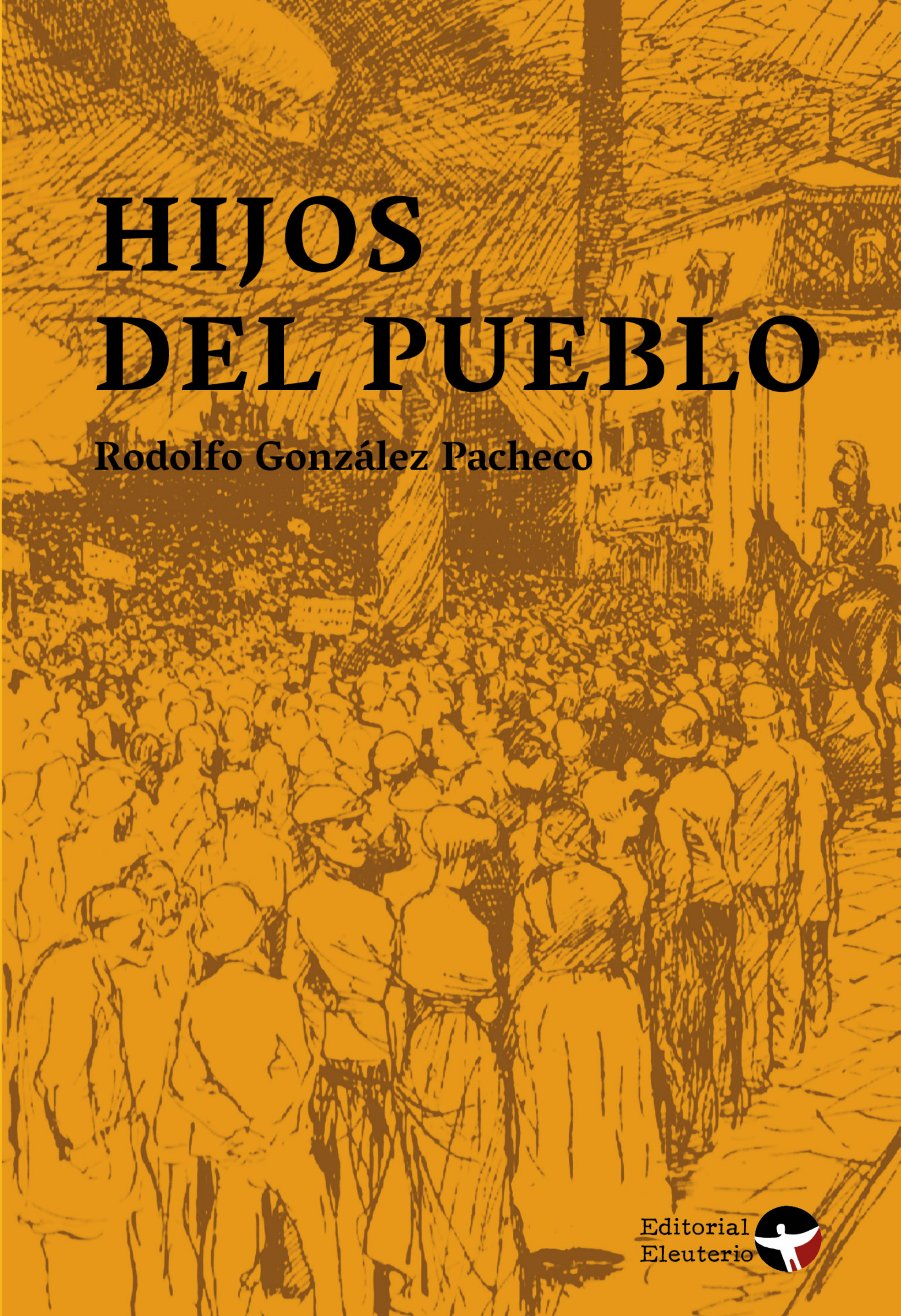


HIJOS DEL PUEBLO

Rodolfo González Pacheco

Editorial Eleuterio


WARNING
PRIVATE
PROPERTY
KEEP
OFF.
W

RODOLFO GONZÁLEZ PACHECO

HIJOS DEL PUEBLO



Rodolfo González Pacheco

HIJOS DEL PUEBLO

DRAMA EN UN ACTO



González Pacheco, Rodolfo
Hijos del pueblo – 1a ed. – Santiago de Chile : Editorial Eleuterio, 2015.
92 pp.; 12×19 cms. (Cuadernos de literatura. 4)

ISBN 978-956-9261-14-5

1. Teatro 2. Anarquismo 3. Argentina I. Título.

Proyecto gráfico: Artes Gráficas Cosmos.
Portada: Ilustración de Kupka, al final del capítulo "La industria y el comercio" del libro *El Hombre y la Tierra* de Élisée Reclus (1909).

ISBN: 978-956-9261-14-5

Editorial Eleuterio
Web: http://eleuterio.grupogomezrojas.org
Contacto: eleuterio@grupogomezrojas.org
Santiago de Chile

Es más lindo forjar el verso y cantarlo en medio de la tormenta; alzar la torre, no en el retiro, sino entre la tempestad, mientras el andamio cruje y baila sobre el vacío, y el viento, como un compañero loco, nos alborota las greñas y hace chasquear nuestras blusas como banderas.

Rodolfo González Pacheco

Nota preliminar

La vida de Carlos Rodolfo González Pacheco (Tandil, Provincia de Buenos Aires, 1882-1949) fue en sí misma una respuesta a las grandes preguntas que se formuló toda una época. Desde la segunda mitad del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX, las sociedades de todo el mundo que se habían industrializado comenzaron a entregar los frutos de la revolucionaria transformación de sus condiciones de vida: una terrible indiferencia a la salud y a la dignidad de una inmensa clase de trabajadores, que sórdidamente se aglomeraba en los nacientes suburbios que las ciudades les ofrecían para habitar. Aplastados por el peso de los nuevos mecanismos industriales de producción, la vida de muchos individuos se empobreció al ser encadenada al frío ritmo de las máquinas. Por el contrario, al lado de esta degradación social, las riquezas y los patrimonios de los propietarios capitalistas, responsables

de imponer esas condiciones de trabajo y de vida, aumentaban exorbitantemente, en una época en la que ya habían hecho de la totalidad del mundo un enorme yacimiento de oro. Se conformó entonces una sociedad sustentada por una brutal explotación hacia muchos trabajadores, quienes, frente a la institucionalización económica y política de toda esa miseria, impulsaron agudos cuestionamientos a la forma social que la generaba y justificaba, naciendo así los movimientos obreros revolucionarios del siglo XIX, cuyo norte los orientaba hacia una concepción del ser humano más digna, liberado de las ataduras con que empresarios y gobernantes dominan su vida.

Es la intensidad de esta enorme lucha, librada en medio de convulsiones de un escenario mundial, lo que motiva a González Pacheco, siendo muy joven, a ingresar a la prensa anarquista argentina de la primera década del siglo XX. En medio de una generación todavía ajena al desastre moral que significó el horror de las dos "Guerras Mundiales", su norte fue la esperanza en la revolución misma e hizo de su palabra un instrumento de lucha, fraguando la totalidad de su vida al calor de las ideas ácratas y trabajando para darles expresión en medio de las agitaciones de su tiempo: "en la hora de la liquidación de un mundo y eclosión de otro", como el mismo llegó a escribir.

Y su vida y obra, completamente indisociables, fueron enriquecedoras. Se destacó sobresalientemente

como orador y escritor, colaborando en la producción de múltiples periódicos anarquistas. Junto a Teodoro Antillí, su grandioso y entrañable amigo, publicaron casi una decena de periódicos entre 1906 y 1922, de los que se destacaron por su gran cantidad de números *La obra, El Libertario* y *La Antorcha.* Por medio de esta labor establecieron diálogos con otros relevantes escritores anarquistas de América Latina, como el mismo Rafael Barrett, cuya imagen ya influenciaba hondamente las ideas de los libertarios de aquella época, siendo muy admirado por González Pacheco como "un señor de la idea y del arte. Señor del coraje alegre y de la voladora esperanza".

En su trabajo periodístico, González Pacheco entregaba breves textos literarios de carácter moral, entre los que se cuentan sus famosos *Carteles,* como también críticas y apologías a la contingencia política de aquellos días. Ejemplo de esto último fue su manifiesto en defensa de Kurt Wilckens, el célebre vindicador alemán de la "Patagonia trágica", llegando por ello a ser condenado a prisión. En medio de las agitaciones de esos años, incluso fue deportado al austral penal de Ushuaia, conocida como la "Siberia de América Latina", en relación a la malograda prisión rusa.

Esta lucha permanente por darle forma concreta a la revolución se tradujo en su participación activa en algunos de los grandes movimientos revolucionarios

de aquella época, embarcándose a México en el 1911 y a Europa durante la Revolución Social de España. González Pacheco entendía con claridad que el rol de escritor no le excluía de poder obrar y transformar activamente su entorno; un artista contemplando al mundo desde una fría torre de marfil será sus ojos objeto de sátira y a él se le opondrá la idea de la necesidad de que todo individuo, sin distinción, está llamado a obrar por la fundamentalmente común conquista revolucionaria. Este es precisamente uno de los tópicos de una importante conferencia titulada *El sentido de la cultura*: "La Mistral, de cuya obra yo soy devoto, por la descarnada raíz de dolor indígena con que la trenza y la tiñe, ha dicho que América está esperando su Dostoyevsky. Ella ve sólo el ángulo literario de este asunto. Lo que el hombre de la tierra espera – indio, gaucho o gringo – no es quien escudriñe su alma, sino quien, con puños de hierro y orientación libertaria, lo alce de su esclavitud y lo lance a la pelea. No un literato, sino un revolucionario".

Gabriela Mistral también había conocido el obrar revolucionario, viajando a través de inhóspitos pueblos de México como misionera educativa, habiendo sido solicitada por el mismo gobierno mexicano para que plasmase sus pensamientos en la importante reforma educativa que allí se llevó a cabo en la década del veinte.

Alentado por el mismo afán de conducir más lejos sus pensamientos, González Pacheco visitó varios países de Latinoamérica, incluyendo Chile en más de una ocasión. En sus giras otorgaba conferencias donde, según González Vera, sobresalía su gran capacidad oratoria. De la sociedad chilena hará un agudo análisis crítico contenido en uno de sus carteles de viaje; le llamará la atención cómo gana espacio la vacua remolienda de un pueblo entregado al alcohol, advirtiendo al mismo tiempo el origen de esto: "Lo que hay es que, tallo abajo todo placer es dolor, toda llamarada es sombra y toda corola es fango: En el fondo de las copas y en el nacimiento de la vida no hay más que amarguras y desgarrones ¡El pueblo de Chile es triste porque se divierte mucho, tanto!..." . A sus ojos, nuestro pueblo develaba tintes de desencanto y cansancio, tal vez por interminables décadas de trabajo extenuado y brutal discriminación.

Esta necesidad de crítica y análisis tenía como origen la búsqueda de contribuir a la comprensión de la sensibilidad misma de la sociedad. Por ello, la cultura, aquello que debía *cultivar* como sociedad el ser humano, no significaba para él en ningún caso instrucción o conocimiento, sino ante todo conciencia y sensibilidad. Aplicando el mismo concepto altruista que Rafael Barrett, González Pacheco afirma que es precisamente la sociedad la que le da valor y sentido a su obra: "Nada, al fin, es

para uno. Y no existe el creador que se nutra de sí mismo ni del orgullo de su obra. Ha de sacar a la calle sus creaciones, y de lo que allí susciten extraerá el pan de su vida; su real salario".

Aquí hemos llegado al fin a la fuente de donde brotaban todas sus fuerzas artísticas y revolucionarias, el origen de la solidaridad contra toda injusticia, que fue el sentido de su lucha y de su vida misma: el sencillo y elemental sentimiento de amor al ser humano, de *"simpatía a la vida"* de todos y todas. De aquí nacen sus convicciones anarquistas, y que, en la búsqueda por darles una plataforma cada vez más amplia para su difusión, logró llevar al escenario en numerosas representaciones de teatro, arte social por excelencia, que le valen de gran estima en la dramaturgia argentina de la primera mitad del siglo pasado. Quince piezas en total conforman su producción, iniciándose en 1916 con el estreno de *Las víboras*, un boceto dramático de un acto, que lo sitúa en la trayectoria del también anarquista, dramaturgo y periodista uruguayo Florencio Sánchez. En aquella época el teatro todavía era un importante centro de expresión de ideas, que se podía vincular con profundidad al sentir común de la gente, pues para acercarse a él evidentemente no se necesita leer ni estar instruido, sólo presenciar y emocionarse. Esta cercanía al sentir popular, unida a la precisión de dramas cortos, de uno a tres actos, permitía una

eficaz fluidez con los espectadores, los cuales, en su mayoría trabajadores, le asignaron un importante papel para la crítica y la exposición del sentir general de la sociedad. La misma Federación Obrera de Magallanes, durante aquellos años, dirigía también sus directrices culturales por medio de su teatro llamado *Regeneración,* y también con la impresión del periódico *El trabajo.* Con todo, es esta labor como dramaturgo y director teatral la que hace singular eco durante la participación de González Pacheco en la Revolución Social de España, al fundar en Barcelona el año 1937 la famosa Compañía de Teatro del Pueblo. El valor que González Pacheco le asignaba al teatro queda reflejado con claridad en su propia actividad, que fue ejercida casi ininterrumpidamente durante toda su madurez, concluyendo sólo junto a su vida. Entre sus obras, *Hijos del pueblo,* título tomado de la canción original del mismo nombre, es quizás la de mayor carácter militante. El drama en un acto allí suscitado es en cierto sentido fabulesco, al ser sus personajes casi completamente estereotipados. Claudio, el protagonista, en la exaltación de sus sentimientos y en su vocación de militante anarquista, refleja la fisonomía del mismo escritor enfrentado a la contradicción de querer luchar y no poder hacerlo. El dolor de la injusticia ya se ha esparcido por todas partes. Sin embargo, frente a esta intolerable dominación hacia los trabajadores, el drama se resuelve

con el decidido arrojo a la pugna revolucionaria, enarbolando como consigna el canto de *Hijos del pueblo*, como si nuestro autor afirmase que, sin importar las inclemencias que el destino imponga sobre los oprimidos, éstos están obligados a hacer resurgir sus fuerzas para canalizarlas en contra de la fatal sociedad que los atrofia y margina. La naturaleza es generosa, y a cada ser que llega al mundo le entrega las capacidades para disfrutar plenamente de la vida, ¿por qué, entonces, unos han de tener que sacrificarla para que sólo otros la desarrollen?

De esta elemental intuición brotaron las fuerzas que fecundaron la vida de este militante libertario, fuerzas que por su fertilidad la rebosaron para entregarse a todo lo que está fuera de sí, tal como las fuerzas que Antillí reclamaba cuando tan bellamente escribió:

"Mi fuerza es mi sonrisa, la lágrima que no detengo, mi radiosa sensibilidad, amar con fuerza mi ideal, derramar a torrentes la energía oculta que en mí existe acumulada… ¡Mi fuerza es la de la tierra, no la de las peñas! La misma lágrima tiene en mí una raíz viril y engendra la rebeldía. En el dolor de un anarquista no hay apocamiento: hay revolución."

Josep Verdura
Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas
noviembre de 2015, Santiago de Chile

Presentación

Ningún arte más adentro del pueblo que el teatro. El poeta escénico es, de todos los artistas, el que necesita menos intelectualismo y más entrañas. Como la tierra y las madres, sus criaturas, son, o no son, sin que las salve o las pierda más que la vida que tengan o que les falte.

Y esto, que debiera ser un bien, es, sin embargo, un mal; porque, para la mayoría de los autores, decir pueblo es decir banalidad o simpleza; un estado de conciencia fronterizo de la idiotez sin remedio. Y es sobre esa convicción que fundamentan el teatro que se y lee en todas partes. Lo mejor de él, drama, comedia o sainete, gira siempre dentro de un círculo de tragedia, sin salida hacia la libertad o la justicia; hacia eso que es, precisamente, la realidad popular, tan teatral y rica de arte.

El autor no la ve así, salvo cuando, como Lope en *Fuente Ovejuna*, el propio pueblo le entrega su

material militante, el tesoro de su vida épica. Pero, para una de éstas, recordad cien: Todas son pesimistas y fatales; un coro de llantos o de blasfemias ante un destino cerrado, que hay que aceptar o morir.

Y la cosa marcha bien y les da dinero y gloria, en tanto el eterno esclavo no halla, él tampoco, salida a su esclavitud más que volcándose en lágrimas o en sarcasmos. Él mismo se mira en ello como en su más fiel pintura. Y la paga y la aplaude…

Hasta el día en que, aburrido o cansado, no puede aguantarlos más y, no sólo a sus artistas, sino a sus legisladores, sus amos y sus sociólogos, los manda al diablo. Se yergue, da un paso al frente, uno solo, y cuanto entonces fue, creyeron éstos que era su íntima imagen, no es más. El pueblo es otro, y la ley y el arte, la sociología y la fe, todo cuanto parecía tan evidente y profundo, se queda atrás o al margen, royéndoles los zancajos.

Esto es lo que está pasando ahora con el teatro. El proletariado está en trance de superar la llamada civilización burguesa. Hasta donde su existencia es más trágica y oscura, la realidad popular es una gesta de luz; sus dolores son de parto. Y en España, por ejemplo, ya son de crecimiento. Se apodera de la tierra y de las máquinas; crea otro mundo, plantea otros problemas. ¿Dónde está la obra teatral que interprete la intensidad de esta vida que hoy vive el pueblo español, y que un poeta cabal debiera sentirla

viva también hasta el terrón y el hierro?… No la hay.

Pero, habrá. Y de eso se trata con esta publicación: de estimular el cariño a este arte, popular por excelencia; de ennoblecerlo a fuerza de hacerlo fiel con lo más noble y profundo que tiene el pueblo: su coraje y su esperanza. Publicaremos para esto cuanto bueno haya, mientras esperamos que lo mejor venga. Como esperamos los anarquistas todo: trabajando.

R.G.P.
Buenos Aires.

HIJOS DEL PUEBLO

Estrenada el 29 de junio de 1921, por la Compañía Rioplatense (Camiña) en el Teatro Boedo.

Personajes

María
Ramón
Mecha
Gabriel
Claudio
Vecina
Compañero

ACTO ÚNICO

Una habitación en casa de inquilinos. Es sala de recibo, comedor y biblioteca; de todo un poco y nada completamente. Hay una mesa con carpeta al centro, con un servicio de mate arriba. Un sillón de mimbre junto a una máquina de coser. Sobre lateral izquierda, una estantería rústica, henchida de tomos sin encuadernar; sobre el fondo, una cómoda con un espejo de pie encima; una polvera, almohadillas de pinches, caja de cintas y de hilos; chucherías. Sobre lateral derecha, un baúl con herramientas. Sillas, perchas, oleografías. Balcón a la calle, puerta al interior; al foro, pasillo, por el que se ve otra sala en igual disposición.

María sobre lateral izquierda; tiene la puerta entornada y llama a media voz, adentro.

MARÍA. — Ven... Sí, hijita; ¡ven!

MECHA. — ¿Eh?... *(Aparece andando en puntillas).* ¿Qué hay?... *(En el mismo tono bajo).*

MARÍA. — *(Indicando el cuarto).* ¿Duerme?

MECHA. — Profundamente.

MARÍA. — *(Sentándose).* Siéntate.

MECHA. — *(Extrañada).* ¿Yo?... ¡Oh! ¿Qué hay, mamá?

MARÍA. — ¿Has visto qué concluido, qué enfermo ha vuelto?...

MECHA. — (*Sentándose*). Sí, pobrecito; bien concluido. Parece otro, casi un viejo.

MARÍA. — Anoche, mientras tú dormías, hemos hablado mucho...

MECHA. — ¿Si?... ¿De qué?

MARÍA. — Me ha prometido dejar todas esas cosas. Reportarse, ser un hombre de su casa.

MECHA. — *(Incrédula, acariciándola con la vista).* ¿Y usted ha creído?

MARÍA. — ¿Y por qué no?... Tengo que creer. Viene cansado, enfermo... Y a más, me lo ha jurado llorando. *(Próxima también al llanto).* Sí; lloraba.

MECHA. — ¡Ah, bueno! Mejor, entonces, mamita.

MARÍA. — Sí, de él estoy bien segura... Pero, no es de él sólo que quería hablarte... *(Mira a la puerta de Claudio).* ¿Duerme?

MECHA. — Sí, duerme, duerme.

MARÍA. — Es de Ramón, tu novio...

MECHA. — ¡Ah!

MARÍA. — Sí, de Ramón. Tú sabes que sus ideas son las de Claudio... *(Mecha asiente).* Y dónde llevan esas ideas... también lo sabes.

Mecha. — Sí, sé.

María. — Sí, sabes… Junta, conmigo, has recorrido todo el calvario de mi hijo. *(Pequeña pausa).* ¡Ah, Señor! *(Suspira).* Tal vez en el fondo de tantas penas, ellos encuentren algún poco de placer… Pero lo que es nosotras… *(La busca con la mirada, turbia de lágrimas, como si la tanteara en la sombra).* ¡Cuánto hemos sufrido, hijita!

Mecha. — Sí, sí; pero… de Ramón, ¿qué me quería decir?

María. — *(Retomándose).* ¡Ah, sí! Es preciso que Ramón deje también esas cosas. Como Claudio. Y si no…

Mecha. — Y, si no, ¿qué?… (*Nerviosa).*

María. — *(Enérgica).* ¡Tú lo dejas!

Mecha. — ¡Oh, mamá! ¡Pero si yo lo quiero!

María. — ¡Chist!… *(Mira a la puerta del cuarto, alarmada).* ¡No hables tan fuerte!… Ya sé que le quieres, que le quieres mucho… por eso mismo; por ti, por él… ¿No comprendes?… Yo no quiero que tú renueves mi vida de sufrimiento. Mis penas parece que al fin van a terminar; Claudio me ha prometido… Pero, si el dolor que a mí me deja, te salta a ti…

Mecha. — Sí, sí; comprendo… Pero, ¿cómo hago?…

Yo no sé. Usted sabe que las ideas son para ellos más que todo. *(Desesperada).* ¡Más que el amor también! ¿Qué voy a hacer yo, mamita?

María. — *(Sorda de energía).* ¡Luchar, resistir, vencer! Y sobre todo, pensar en mí, en ti, en lo que hemos padecido juntas. *(Mecha ha echado la cara en las manos; ella va y la acaricia).* ¡Hijita mía! Ya tengo a mi hijo, a mi Claudio para mí; que no vayas tú, ahora que él viene, a írteme.

Mecha. — ¡Oh, no! Irme, no; ¡nunca!

María. — ¡Irte, sí! Si no luchas, si no vences, tendrás que irte tras él; seguirle de prisión en prisión, de sombra en sombra…

Mecha. — *(Aterrada).* ¡Oh!

María. — Pero, lucharás, ¿verdad? ¡Y venceremos! *(Se oye un ruido de pasos en el zaguán y luego un batir de manos).* ¡Chist! ¡Chist!…

No atina a cómo hacer silencio. Mecha hace mutis por lat. izq.; María cierra la puerta tras ella y va al foro a ver. Se asoma hacia el zaguán, nerviosa.

¿Qué?… ¡No está!… Sí, pero no está. Ha salido.

Compañero. — *(Trae un diario en la mano; es un obrero, maduro de años).* ¡Caramba! *(Se planta frente a ella).* Yo que creí madrugarle pillarlo en cama descansando de las fatigas del

viaje... ¿Llegó bien?

MARÍA. — Sí, sí, bien. *(Le ataja el paso, pues el hombre fluye cordialidad, claros deseos de pasar y quedarse).* Ahora ha salido; no está.

COMPAÑERO. — Es un contratiempo... *(Vacila, se rasca la frente, al fin sonríe).* Soy un amigo, ¡eh! Un compañero...

MARÍA. — Será; pero él ha salido.

COMPAÑERO. — Bueno, lo siento. Adiós, entonces... *(Gira para irse; la vieja va a respirar satisfecha, cuando él se vuelve de nuevo).* ¿Usted es la mamá de Claudio, señora?...

MARÍA. — *(Ya molesta).* Sí, soy su mamá. ¿Y qué?...

COMPAÑERO. — Entonces le dejo el diario. Aquí hablan de él; lo saludan a su hijito. *(Lo desdobla, señala un punto y se lo entrega).* Aquí: "Claudio Méndez; su regreso de Ushuaia". ¿Ve?... ¿Puede leer?... *(Se entra hasta mitad de la escena).* ¿Quiere que yo?...

MARÍA. — *(Tomando el diario, desarmada por la atención).* No, hijo, no, gracias. Leeré después; ahora estoy muy ocupada. *(Simula que va a hacer algo).* No tengo tiempo...

COMPAÑERO. — Sí, sí; la dejo. La dejo sola. (Medio mutis, con intención). Sola con su hijo...

María. — ¿Cómo?… ¿Qué quiere decir?…

Compañero. — *(Desde la puerta).* Quiero decir que yo también tengo madre, pues. *(Riendo francamente).* Y que cuando estoy con ella, tampoco estoy para nadie en casa. Ella, lo mismo que usted, no quiere que el hijo de sus entrañas sea también hijo del pueblo. Son todas iguales, ustedes. ¡Todas iguales!

María. — *(Indignada).* ¡Pero, si no está, le digo! ¿Qué quiere?…

Compañero. — Sí, sí; pero cuando esté, le dice que vine yo, un compañero de los metalúrgicos, a buscarle. Que hay una asamblea del gremio muy importante. Está aquí cerca del local, a las dos cuadras… *(Señala y va a irse, cuando se precipita en la escena, casi llevándoselo por delante, Gabriel).*

Gabriel. — *(Tipo bohemio, sonámbulo, con melena a toda orquesta).* ¡Doña María! *(Separa al otro y toma la mano de la vieja entre las dos suyas).* ¡La felicito por el retorno de Claudio! ¿Dónde está?…

María. — *(Con la vista en el Compañero).* Salió, Gabriel. Ha salido.

Gabriel. — ¡Ay, qué broma! Y yo que me pasé sin dormir la noche, para cazarlo. ¿Adónde ha ido?

Compañero. — ¿Deseaba mucho verlo?...

Gabriel. — *(Volviéndose a él extrañado).* ¡Claro que sí!

Compañero. — Entonces, de aquí un momento *(mira a María)*, ¿verdad, señora?, váyase por el local de los metalúrgicos. Allí estaremos.

Gabriel. — ¿Los metalúrgicos?... *(Mira a los dos).* ¿Y qué tengo yo que hacer en los metalúrgicos?... Le espero aquí.

María. — Allá no irá. *(Con rabia).* ¡Aquí es su casa!

Gabriel. — ¡Claro!

Compañero. — *(Imperturbable).* Aquí está su corazón, con su viejecita, sí; pero sus compañeros están allá. Como también los suyos. Vaya, no más.

Gabriel. — ¿Mis compañeros?... ¡Pero, amigo! ¡Usted me está confundiendo!... ¿Por quién me toma?... Yo...

Compañero. — *(Se entra y lo encara, como si sermoneara a un chico).* Usted... ¿qué?... ¿Usted es artista, hace versos?... ¡Bueno! Y nosotros los cantamos. Es con los versos de usted entre los labios que vamos al porvenir. *(Ríe a todo trapo y le echa una mano, como una maza, al hombro).* ¡Recontra! No fue un herrero el que

forjó a martillazos ese himno que hoy rueda incendiando el mundo: “Hijos del pueblo, te oprimen cadenas”… ¿No lo oyó nunca?

María. — *(Mirando alarmada a la puerta de Claudio).* ¡Oh, por favor! ¡No grite!

Gabriel. — *(Riendo, también, superior).* Hijos del pueblo, ¿eh?… ¡Pero eso no es arte, ni cerca, amigo! Eso no es nada más que ruido para echar gente a la calle. El arte es todo lo contrario; no tiene nada que hacer con la muchedumbre; necesita de su torre, su retiro… Mire *(sacando de su bolsillo un tomo)*, a propósito: para probarle lo que es poesía pura…

María. — *(Cada vez más alarmada).* ¡Chist! ¡Cállese usted también! *(Va a la puerta de Claudio y escucha).*

Compañero. — ¡Eh, no! No piense en leer. *(Señala a María).* ¿No se da cuenta?… Estamos de más los dos. Venga al local, si quiere. Hoy hay asamblea del gremio; resolveremos si vamos, o no, a tomar posesión de los talleres…

Gabriel. — ¿Y a mí qué?… ¿Qué tengo que hacer yo allá?…

Compañero. — Allá va a ver que es más lindo forjar el verso y cantarlo en medio de la tormenta; alzar la torre, no en el retiro, sino en-

tre la tempestad, mientras el andamio cruje y baila sobre el vacío, y el viento, como un compañero loco, nos alborota las greñas y hace chasquear nuestras blusas como banderas. Venga al local... *(Se va).*

Gabriel. — ¡Oh, qué tipo! *(A María).* ¿Y quién es éste?

María. — ¡Qué sé yo! Un compañero de Claudio. Creí que no se iba más.

Gabriel. — ¡Ah, pero ésta la vamos a discutir! Faltaría, ahora. *(A María, convincente, ingenuo).* Lo peor que no deja hablar; ¿lo vio?... Se viene como si revoleara un martillo. ¡Ah, pero yo lo sigo, lo alcanzo... *(medio mutis)* ¡Y aunque me pegue!... *(Se vuelve).* Claudio duerme, ¿no?... Claro, estará cansado. Ya vuelvo, doña María. *(Sale diciendo).* ¡Me va a enseñar lo que es arte a mí!

María. — *(Siguiéndolo).* ¡No! Si no... *(Gabriel desaparece sin oírla; ella estalla).* ¡Ha salido Claudio; no está! *(Se vuelve para penetrar lateral izquierda; al ir a abrir la puerta se encuentra el diario en la mano).* ¡Ah! *(Se maravilla como de un regalo).* ¡Aquí hablan de él!... *(Va a la mesa, saca del delantal los lentes, se los cala y empieza a leer).*: “Claudio Méndez”...

VECINA. — *(Por el foro).* ¡Qué temprano la visitan hoy, doña María! Bien se ve que él está en casa...

MARÍA. — *(Suelta el diario y le intercepta el paso).* ¡No, no! ¡No está! ¡Mi hijo ha salido!

VECINA. — *(Que ve salir a Claudio, lateral izquierda).* ¿Ha salido?... *(Abre la boca para protestar, pero vuelve a cerrarla en una buena sonrisa de comprensión).* Pero, si ahí está, doña María. Ahí viene... *(Vase riendo).*

CLAUDIO. — *(Ve a su madre, la toma de los hombros y le besa la cara).* ¿Conque mintiendo, mi vieja? ¿Engañando gente?...

MARÍA. — *(Pillada en falta, se guarece con su pecho, vergonzosa).* Pero, es que ya empiezan, hijo. Apenas abrí la puerta, vino en tu busca un hombre. Un compañero...

CLAUDIO. — ¿Un compañero?...

MARÍA. — Luego Gabriel, también.

CLAUDIO. — Me hubiera llamado, pues. *(Serio).* ¡Caray, mamá! ¿A qué negarme?... *(La deja, va a la mesa y ve el periódico).* ¿Y esto?...

MARÍA. — Lo dejó ése... Dijo que hablaban de ti.

CLAUDIO. — *(Tomándolo).* ¿De mí?... ¡Ah, pero

si es “El libertario”! *(Entusiasta).* ¡Qué lindo está; nutrido de doctrina; bien impreso! *(Lo recorre en sus cuatro paginitas; María lo observa inquieta).* Me hubiera llamado, sí. ¿Y qué dijo, qué quería?...

María. — ¿Gabriel?... Gabriel va a volverá

Claudio. — ¡No! *(Exaltado).* ¡Qué Gabriel! ¡El otro; el compañero!

María. — *(Medio mutis, lateral izquierda).* Verte, quería… y que fueras al local.

Claudio. — *(Abandonando el periódico, para sí).* “El Libertario”… Aquí apareció el artículo por el que me condenaron; aquí saludan mi vuelta… Yo caí, pero otros siguieron… *(A la madre, que está en la puerta).* Mamá: no debe negarme a nadie. Eso está mal.

María. — *(Sentida).* Muy bien, hijito; no lo haré más; perdóneme.

Claudio. — *(Viéndola a punto de irse).* ¡Eh, pero no! ¡No se vaya! *(Va a ella y la atrae).* Cuando digo que está mal…

María. — Sí, hijito, sí, está mal. No lo haré más. *(Desasiéndose de Claudio).* Pero, también está mal hacer creer a tu madre en una felicidad que ya no esperaba…

CLAUDIO. — ¡Hombre! ¡Vaya! No tome en drama la cosa ¡Viejita linda! ¿Qué le dije anoche?... ¿Ya se olvidó?

MARÍA. — No me olvidé, no. Me dijiste que ibas a dejar todo, ¡todo! Que serías mi hijo, mío; mío nada más. Eso dijiste, Claudio. *(Mirándole a los ojos).* Que dejarías las ideas, los diarios, los compañeros: todo eso, en fin, que desde que fuiste hombre, te arrancó a mis brazos *(besándolo)*, a mis besos.

CLAUDIO. — ¡Ah, no, no! ¡Que dejaría las ideas, no; eso no! ¡Que dejaría la lucha, sí; eso sí! Y estoy resuelto a cumplirlo...

MARÍA. — *(Desencantada).* Pero, no dejarás nada, nada... ¡Ya te veo! Con la sola noticia de que vino un compañero, has cambiado hasta de gestos. ¡Si te conoceré!

CLAUDIO. — *(Nervioso).* ¡Pero, mamita, mamita! Lo dicho, dicho está. No iré con ellos, no escribiré más periódicos, no subiré a las tribunas más. Pero recluirme, negarme, esconderme... ¡Eso es ridículo! ¿No comprende?...

MARÍA. — ¡Si te conoceré!

CLAUDIO. — *(Pasea sin oírla).* ¡Mis compañeros! Son mis hermanos, mis compañeros. ¡Pobrecitos! Enterados de mi vuelta del pre-

sidio, vienen aquí a saludarme. A decirme que mientras yo estuve preso, inmóvil entre la nieve, ellos siguieron luchando, desparramando la luz, peleando por la verdad. Vienen a contarme sueños, ilusiones, aventuras, ideales. *(Se vuelve a la madre y le toma la cara).* Y para este hijito suyo, tan débil y tan vencido, eso es como para un niño un cuento de hadas. *(Implorante).* Déjemelos…

María. — *(Sacudiendo la cabeza).* Sí, sí. Así has empezado siempre. Después de cada prisión, de cada fracaso, así has empezado siempre: primero es el compañero, en seguida es la asamblea, luego es la huelga… Y al final *(suspira)*, tú, a la cárcel; nosotras, al abandono; tú, a sufrir, y yo… *(Llorando mansamente).* ¡Debieras tenerme lástima, hijito!...

Claudio. — *(Consolándola).* ¡Bueno, bueno! No se ponga así; serénese, mamá. Créame esta vez, una vez más, la última vez. Ya le he dicho que esta resolución de dejarlo todo y vivir solamente para usted, no es siquiera la voluntad que me la dicta. Es el cansancio. Sí: tengo las ideas cansadas, las alas entumecidas. Como si hubiera cruzado una montaña de hielo bajo una lluvia de nieve; ¿comprende?...

María mueve la cabeza con resignación. Claudio la deja y pasea monologando.

Y ellos, ¿qué podrán decirme? Yo ya di todo lo que tenía de audaz y fuerte a la causa; con el poco de cariño y de bondad que me restan, haré feliz a mi pobrecita vieja. *(Se refriega las manos, contento de la solución).* A fin de cuentas, también esto es un ideal…

María. — *(Levantándose para irse).* Ojalá que nunca hubieras conocido otro… No por mí, que las madres somos para sufrir…

Claudio. — ¿Sabe?… (*La vieja se vuelve).*Volveré al oficio. Tengo unos deseos locos de empuñar las herramientas. Soñaba allá con ellas. *(Se dirige al baúl, lo abre y las revuelve).* Soñaba forjarle un balcón a Mecha; un balcón de flores y hierro con remaches de bronce; así, cuando hablara con su novio, las palabras de amor de él, llegarían a su pecho impregnadas de mí, con un timbre de cosa eterna, de cosa fiel. Pensaba, también, que su pobre máquina tendría las piezas rotas, gastadas, viejas, y que yo las compondría, para que cuando cosiera usted, ellas cantaran bajo sus manos un solo nombre: ¡Claudio! ¡Claudio!… ¡Soñaba tanto! *(Toma y alza una tenaza, se acerca a la madre y la estrecha).* ¡Viejita mía! Una no-

che de mucho frío, que me dormí de pie, en penitencia, bajo la nieve, soñé que usted era la Santa María; ¡no la virgen, eh!, la madre, la que engendró al Cristo hombre, la proletaria. La veía llorando, gimiendo por el calvario de su hijo, con el corazón traspasado por los siete puñales. Y yo... yo era como una tenaza, una fuerte tenaza morena, que pasaba las rejas y volaba, volaba abierta hacia usted a arrancarle, una a una, las espinas de hierro: ¡le arrancaba las penas!

María. — *(Enternecida).* ¡Cállate, hijito!

Claudio. — Sí, sí, me callo. Lo que se habla, no se hace, generalmente. *(Vuelve a su caja).* Y aquí hay que hacer; mucho que hacer. Estamos de acuerdo, ¿no?... *(Ella asiente con la cabeza).* Ya verá qué cambio fundamental. Ponga su pensamiento en su más hermoso sueño: ¡como me soñó, seré! ¡Esto es pensado, sentido, resuelto! *(Se yergue, sacude los brazos, espanta a manotones su pasado).* ¡A trabajar!

Mecha. — *(Que ha oído la última exclamación de Claudio, por lateral izquierda).* Sí, sí, que es tarde, mamá. Mi desayuno y me voy. *(Cruza a arreglarse frente al espejo).*

María. — En seguida, hijita. *(Se dispone a ir).*

Claudio. — ¿Qué?... ¡No! ¡Yo, a trabajar! ¡Tú, te quedas! *(María se vuelve asombrada).* ¡Eh, las cosas han cambiado mucho, mi querida!

Mecha. — *(A María).* ¿Qué dice éste?...

Claudio. — ¿Te maravilla?... Pues, sí; esta casa ahora es "mi" casa. Ustedes son "mis" dos amas; y yo soy el que trabaja, proveo y guardo "mi" nido.

María. — Bueno, pero que vaya hoy, al menos. Dejar así, plantar así, no está bien.

Claudio. — ¡Que plante! Déjame a mí. Ven, Mecha *(ésta se acerca)*; mira a la vieja, nuestra viejita. ¿Crees tú que ella soñó con un hijo presidario y una hija que se la explotaran?...

Mecha. — No creas, Claudio. Yo gano bien. No me explotan.

María. — Gracias a ella...

Claudio. — *(A Mecha).* Tú, cállate. Explotan tu juventud, te roban a tu balcón, te secuestran a tu madre. Te explotan, ¡y cállate! Mire a mi hermana, mamá: fresca y tierna, parece tallada en pétalos. ¿Y esta florcita de vida va a trabajar?... ¡No, señoras! En cambio, mírenme a mí; fuerte, curtido, un varón cabal. *(Las une y trata de auparlas).* Podría tomarlas entre mis brazos y llevarlas por el mundo sin que una gota de

fango me salpique. Como a dos nenas, como a dos hijitas. *(Empujando al foro a Mecha).* Vaya, vaya a telefonear a su taller o su fábrica, que hoy no va, que hoy se queda con su hermano... o con su novio.

MECHA. — *(A la madre, ingenua).* ¿Vino Ramón?...

CLAUDIO. — *(Maravillado).* ¡Ah, sí! ¿Conque es Ramón? ¿Era mi hermano?... ¡Paisano pícaro! *(Mecha sale riendo).* ¡Y no me habían dicho nada! ¿Cómo ha sido eso, mamá?...

MARÍA. — Yo le he sabido hace poco. Tú sabes que estas cosas, las muchachas...

VECINA. — *(Visible al foro, dirigiéndose al zaguán).* No está. No, señor; ¡no ha vuelto!

María se sobresalta, va a la puerta, quisiera hacer ruido para que Claudio no oyera.

CLAUDIO. — *(Solo, contento).* ¡Paisano diablo! Se me ha metido de un brinco en el corazón. ¡Bandido!

VECINA. — *(Oficiosa a* María*).* Era el de hoy, doña María. Dice que él no es un señor. *(Riendo, a Claudio).* Que es un compañero... Lo despaché.

CLAUDIO. — *(Violento).* ¿Qué?... ¡Pero, señora, no! ¡No, pues! *(Corriendo al foro).* ¡Sí estoy aquí! ¿Por qué me niegan?... No ve que es... *(Sale al*

zaguán, gritando). ¡Compañero! Venga; estoy aquí!

VECINA. — *(A María).* ¡Qué barro he hecho! Yo, como hoy usted... Creí hacer bien... Perdone. *(Mutis).*

CLAUDIO. — *(Volviendo).* ¡Y se fue otra vez, mamá! *(Se lo grita como una acusación).* ¿Por qué me niegan?... *(Busca en la percha el sombrero, que no encuentra).* ¡Mi sombrero, pronto! *(Entra lateral izquierda, seguido de María; la escena queda sola).*

Pausa.

RAMÓN. — *(Viste breech, botas de montar, pañuelo al cuello y sombrero amplio; entra como a su casa; mira a su alrededor).* ¿Taperas?... *(Va a la mesa, registra el mate, la yerba, la pava y prende el calefactor).* Bueno: ya que invitan, tomaremos... *(Silba, feliz, como si hubiera venido sólo a eso; va a volcar el mate, cuando aparecen Claudio y* María*; los ve).* ¡Oígale!

CLAUDIO. — ¡Ramón! ¡Paisano!

RAMÓN. — ¡Hermano! *(Se abrazan).* ¡Mi hermano viejo! ¿Cómo te ha ido?... ¿Llegaste bien?...

CLAUDIO. — Bien, ya me ves. ¿Y tú?

RAMÓN. — Sobre el caballo, no más. *(Se desprende de Claudio y va a María y la besa).* Es un

encargo y perdone. De mi vieja, pa la mamá de mi amigo…

María. — Gracias, gracias. ¿Está bien su mamá?

Claudio. — ¿Vienes de tu casa, ahora?

Ramón. — De mi rancho, sí. *(A María).* ¡Buena, fuerte siempre, mi vieja gaucha! Ya está así *(hace ademán de chiquitez con la mano)*; no cabe en mi poncho. ¡Uff, en mi pañuelo también! Cualquier día me la echo al seno y se las traigo pa que la vean… Pero… siéntense. *(Dispone sillas).* ¡Con confianza, hombre!

Claudio. — *(Sonríe).* No, siéntate, tú; yo voy y vuelvo…

Ramón. — *(Que ya se ha sentado, se para).* ¿Adónde?… Vamos juntos, si querés.

Claudio. — Vamos; es al local, aquí cerca. Ya ha estado dos veces un compañero a buscarme.

Ramón. — *(Suspenso).* ¿Ah, sí?… *(Volviendo a sentarse).* Entonces, vamos después; primero tomemos mate. *(Lo toma para volcarlo).*

Claudio. — No; es que han venido a buscarme.

Ramón. — ¿Y de ahí?… Ya iremos, tomamos un verde y vamos. Oh, si vas a empezar así, no te va a quedar tiempo ni pa rascarte. ¡El local, los

compañeros! Ahora toda la república es una asamblea. Al ancho, al largo, entre las peñas y entre los trigales, ruge y flamea la protesta. Sentáte.

Claudio se sienta. María trae una jarra de agua y una servilleta, que deja sobre la mesa.

Bueno. Y como te iba diciendo... *(Empieza a volcar el mate bajo la mesa).*

María. — *(Alarmada).* ¡No, Ramón! ¡Ahí no! Deme...

Ramón. — Ya está; es lo mismo. *(Viendo a la vieja que corre a buscar la escoba).* Qué doña María ésta; tan aseadita, la pobre. *(Claudio sonríe, él echa yerba al mate, lo ceba y le da).* Un amargo, hermano... Y, como te iba diciendo, mi idea era estar ayer en el puerto pa recibirte a ponchazos por la cabeza.

Claudio. — ¡Hombre!

Ramón. — Sí, pues: pa que olieras viento de libertá, te iba a sacudir como con una bandera de cielo y pampa por los hocicos.

Claudio. — *(Volviéndole el mate).* Está bueno.

Ramón. — Cuando tuve la noticia de tu salida de Ushuaia, le pegué para Bahía. Quería embarcarme antianoche pa estar ayer de mañana en el portalón del barco con el poncho listo.

María entra, barre y se va.

Pero a Bahía caí igual que peludo a un baile. Me achuraron.

CLAUDIO. — Ah, ¿Sí?... ¿Qué pasó?...

RAMÓN. — Nada. Había función y conferencia en un teatro. Me enteré y fui. Me barajaron en la uña; no tenían orador y empezaron a amolarme: "¡Qué hable! ¡Qué hable!" *(Ceba el mate).* Hablé…

CLAUDIO. — ¿Y?...

RAMÓN. — Y a la salida me metieron preso.

CLAUDIO. — Pero, ¿Por qué?...

RAMÓN. — Sería pa conocerme. Pasé la noche, me prontuariaron y chao. Me vino bien; precisamente, Bahía era de los pocos pueblos del que no conocía los calabozos…

CLAUDIO. — *(Parándose).* Menos mal, entonces… Pero, me voy; tú te quedas.

RAMÓN. — *(Que ha sorbido el mate, lo escupe indignado).* ¡Pero, amigo! Si hasta parece mentira. ¡Puaff!

CLAUDIO. — ¿Qué hay?... ¿Qué te pasa?...

RAMÓN. — La yerba, pues. ¡Mire qué yerba se gasta!

CLAUDIO. — *(Medio mutis, foro).* Ah, yo no sé. *(Riendo).* De esas cosas yo no sé. Quejáte a

Mecha. *(Viéndola entrar).* ¡Ahí la tienes!

RAMÓN. — ¡Mecha!

Mecha se planta muda en medio de la escena.

CLAUDIO. — *(Entre los dos).* ¡Mecha, sí! ¡Paisano pícaro! *(Le acaricia la mejilla dulcemente a Mecha).* ¡Muchacha pícara! *(Los empuja uno a otra y sale).*

RAMÓN. — *(Cariacontecido).* ¡Oh!... ¿Qué hay?... ¿Qué quiso decir?...

MECHA. — *(Alza los hombros significando "no sé").*

RAMÓN. — ¿Lo sabe todo, entonces?... ¿Usted?...

MECHA. — *(Protesta con la cabeza "no").*

RAMÓN. — *(Resuelto).* Y total: ¡Bueno! Había de saberlo un día. Sólo que... así... de pronto... *(Riendo francamente).* ¡Loco grande, nuestro hermano! Nos tiró al alma; de revés y de derecha. ¡Zas, tras! *(Acción).* Y quedamos con nuestro secreto al aire como con un relicario abierto. *(Acercándose a estrecharla).* Aura ya no hay más que hablar... venga, pues: ¡venga! Tapemos entre los dos, cobijemos este amor que ese salvaje nos desnudó de un golpe... ¿Me sigue queriendo un poco? ¿Un poquito mucho más que la última vez?

Mecha. — *(Se deja hacer y afirma con la cabeza: "sí").*

Ramón. — *(Insistente).* ¿Quiere a su gaucho matrero, a su revolucionario?... ¡Conteste, pues! ¡Hable! Cante para mí solo.

Mecha. — *(Cierra los ojos y los abre con un destello de rápida y violenta determinación).* ¡No; no lo quiero, Ramón!

Ramón. — ¿Qué ha dicho, Mecha? *(Se le caen los brazos).* ¿Qué no me quiere?...

Mecha. — ¡Sí; que no le quiero, he dicho! ¡Que no le quiero revolucionario!

Ramón. — Pero… entonces…

Mecha. — Yo había soñado el amor como una liberación, no como una pena más.

Ramón. — ¿Pena?... ¿Por qué?...

Mecha. — La dulce esperanza de ser amada, querida, dormía en mi corazón como una flor o un canto…

Ramón. — ¿Y?... *(Ansioso).*

Mecha. — Y usted pretende que la flor se cierre, que el canto se me deshaga en lágrimas… ¡Ah, pero no! ¡No le quiero revolucionario!

Ramón. — ¿Y cómo me querría, entonces?...

Mecha. — ¿Cómo?... Como la mayoría de los hombres; para el hogar, para la paz. ¡Qué sé yo!

Ramón. — *(Con encono).* ¿Milico, tal vez? Está bueno. ¿Y es Mecha Méndez la que habla; es la hermana de mi hermano?... La que conocí en los centros, en las reuniones, en los motines del pueblo… ¡Caray!

Mecha. — Sí, sí; esa. La misma, Ramón.

Ramón. — *(Sarcástico).* La que cantaba en los coros de las funciones los más bravos cantos nuestros. La que creció prendida al cuello de Claudio, oyendo latir su propio corazón guapo… ¡Mecha Méndez!

Mecha. — *(Acosada).* Sí, sí, Ramón; ¡Mecha Méndez! Mecha Méndez, que vivió fingiendo valor veinte años — ¡óigame bien!— fingiendo valor veinte años, le dice ahora a su novio que no le quiere revolucionario. *(Cierra los ojos y se estremece llorando).* ¡Que tiene miedo!

Ramón. — ¿Miedo?... ¿Miedo de qué?...

Mecha. — *(Se sienta vencida).* De su vida, de su destino, de sus ideas…

Ramón. — *(Se sienta también y murmura sin encono ya).* ¡Ah, caray! Mi destino, mis ideas… Está bueno. Yo no sé, entonces… Yo sólo sé que cuando una mujer quiere de veras a un hombre,

lo primero es la adhesión: seguirlo al destierro, seguirlo a la cárcel, seguirlo a la cruz… ¡Eso es amor!

MECHA. — *(Se yergue vibrante).* Bien; bueno. ¡Le seguiré! Y le seguiré temblando, como he seguido a mamá tras de mi hermano; como he seguido a mi hermano, tras de su ideal… Pero aquel amor, del amor que yo soñé, no hablemos más. ¡Nunca más! *(Se oyen batir las manos en el zaguán; Mecha se seca el llanto y va a salir).*

RAMÓN. — *(Incorporándose).* No, no salga así; voy yo. *(Se asoma y habla a voces).* ¿Claudio Méndez?... ¡No, no está! *(Escucha y sigue).* ¡Ajá! ¡Caray! ¡Está brava la cosa, entonces! *(Escucha de nuevo).* ¡Ajá! ¡Mejor, pues! ¡Sí, sí! ¡Ya debe estar allí, Claudio! Vaya, no más. Ya lo alcanzo yo también. ¡Bueno! ¡Salú, salú, compañero! *(Se vuelve, toma el sombrero y se dispone a irse).*

MECHA. — *(Siguiéndole).* ¿Ve, Ramón, ve?... Así fue toda mi vida y la vida de mi mamá. ¡El compañero! El compañero, que pone su garra negra y sangrienta entre la madre y el hijo, entre el hermano y la hermana, ¡entre… usted y yo!

RAMÓN. — Y bueno, Mecha, ¿qué quiere?... Esta es la lucha. Pero *(apartándola)*, ya hablaremos

luego. Voy y vuelvo.

MECHA. — No volverá. Ni usted ni Claudio volverán ya... Lo de siempre: el compañero, la huelga, la cárcel...

RAMÓN. — Después de todo, ¿Qué puede importarle a usted? De mí, digo. Si no me quiere...

MECHA. — *(Reaccionando, resuelta).* ¡Pero usted no irá! ¡Tú no irás! *(Le cierra el paso).*

RAMÓN. — ¿Cómo?... *(Con asombro en que apunta su vanidad satisfecha).* No, Mecha, iré. Debo ir...

MECHA. — ¡No irás, no! *(Lo abraza).* Con veinte años de dolor te he ganado para mí. ¡Eres mi vida, mi flor y mi canto! ¡Cuánto te quiero! *(Lo besa, loca, riendo y llorando).* ¿Y te me van a llevar, te me van a arrebatar?... ¡No, no! ¡No irás!

RAMÓN. — *(Ya tonto del todo).* ¡Oh, pero... sosiéguese!... ¡Bueno, Mecha!

MECHA. — ¿Verdad que no, que no irás?... ¿Qué eres mío, para mí?...

RAMÓN. — *(Echándose a muerto).* Bueno, sí, ya estuvo, ¡bah! ¡No voy! Pero, deja, al menos, que me disculpe, mujer. *(Por sobre el hombro de ella, grita al foro).* ¡Será otra vez, compañero! Aura, ya me lo ve al gaucho: ¡redotao!

(Baja los brazos, haciéndose el infeliz y sigue a Mecha, que lo arrastra). Y lo que es peor: ¡redotao y alegre! ¡Mecha!

Intenta besarla, cuando oye a Claudio en el zaguán, invitando a Gabriel a pasar. Mecha hace mutis lateral izquierda.

CLAUDIO. — *(Entrando).* Pasa, Gabriel, pasa. Aquí está Ramón, también.

RAMÓN. — *(A Gabriel).* ¡Oh, mi melenudo viejo! ¡Avante!

GABRIEL. — ¿Cómo te va, paisano?... *(Se dan las manos).*

CLAUDIO. — *(A Gabriel).* Acomódate por ahí. Siéntate. *(A Ramón).* Llegué tarde. Han rodeado la manzana con un cordón de cosacos. Es imposible pasar. *(Se sienta contrariado).*

RAMÓN. — Sí; ya sé; así dijo un compañero que vino hace un momento a buscarte.

CLAUDIO. — ¿Cómo?... ¿Vino otra vez?... Pero... *(Pronto a estallar).* ¿Qué me quiere ese hombre?

RAMÓN. — ¡Oh, que vayas! ¿No sos del gremio?... Y, a más, la cosa está brava; precisan manos... Yo iba a ir...

GABRIEL. — *(Sacando el libro y estirando el brazo para hacer silencio).* Che, che: ante todo,

quiero leerles un verso de un poeta nuevo; es un poemita corto; pero van a ver qué vida, qué fuerza de evocación; ¡qué bárbaro! *(Ramón le mira sarcástico y Claudio estalla).*

CLAUDIO. — ¡Yo soy del gremio, ya sé! Pero debieran pensar que ayer llegué del presidio; que estoy cansado, vencido, roto. *(Se para).* Y vienen aquí a buscarme; no esperan que vaya yo; ¡vienen y vuelven e insisten! ¡Oh! *(Dirigiéndose a la puerta, que cierra a golpes).* ¡Me obligarán a negarme, a tapiarme, a esconderme!

RAMÓN. — Y total: la culpa es de éste, si no pudiste llegar. *(Por Gabriel).* ¿Dónde lo hallaste?

GABRIEL. — ¿Mía?... *(Asombrado).*

CLAUDIO. — Iba también para allá...

RAMÓN. — ¿E iba con esa melena que no pasa ni en el circo, pagando entrada? ¡Córtese el pelo, amigo!

GABRIEL. — *(Se alisa el pelo y sonríe, tolerante).* Bueno, déjate de cosas. Oigan, che...

CLAUDIO. — *(Volviendo a su silla).* Tengo los nervios entregados al demonio. Es la cárcel, estos cincos años de encierro. Perdónenme.

GABRIEL. — *(Obsecuente).* Y todavía no has dicho cómo te han tratado allá. ¿Se ha de sufrir mucho, no?...

Ramón. — No, si es lindo; casi como un poeta de esos. *(Por los del libro).*

Claudio. — *(Mordiendo ira de nuevo).* No, en Ushuaia no se sufre. ¡No se sufre! Desde que entras al presidio hasta que sales, un centinela te apunta con su fusil a la cabeza, a las espaldas o al pecho. De día y de noche, de pie y echado, sientes sobre tu vida la amenaza de ese fusilamiento. Y no se sufre. Eres un reo en su capilla, en una capilla eterna, que no acaba nunca, y cuya prolongación ni te aplasta ni te mata, sino que te vacía y te agota. Y no se sufre. Cual si la boca del máuser te sorbiera, poco a poco, la sensibilidad, el coraje y el recuerdo. ¿Entiendes?... No va la muerte hacia ti; al revés: tú entras en ella. El arma patria te extrae, te masca y te tiene, en su pico frío y oscuro, como a una carroña que puede arrojar cuando quiera. Y eres tú el que teme entonces dispararte, partir del caño, apretar el dedo sobre el gatillo... Y entre ese abismo y tu horror, todavía está el guardián. ¡Sí! El guardián, que te grita, te zamarrea, te escupe. ¡Ah!, es como si cayeras desde el cielo, con la sensación de estrellarte sobre la tierra, y en el aire, en el vacío, un segundo antes de la muerte, te sintieras maldecir, abofetear, profanar. *(Pausa).* Y no se sufre... ¿Sabes por qué?... Porque a

poco de ingresar a aquel infierno, eres una bestia vil, inerme y cobarde: ¡que tiembla, no más, que tiembla! Y ya no sufre... *(Parándose exaltado).* Donde se sufre es aquí, en libertad, cuando te crees, te imaginas que eres hombre y... *(A gritos).*

Ramón. — *(Conteniéndolo).* ¡Eh, hermano! ¡Caray! ¡Si gritaras menos, te oiríamos lo mismo, pues!

Claudio. — *(Volviéndose a él, sombrío).* Pero si gritara menos, no podría hacer callar mi conciencia, que también grita. Me grita que vaya allá *(señala la calle).*, con mis compañeros. ¿No entiendes?... ¿O crees que es contigo, o con éste, o con el diablo con quien discuto? ¡Es conmigo, es a mí a quien le estoy gritando!

Ramón. — ¡Ah, bueno! Entonces, dale, no más. Métele... Mientras yo me apunto a un mate de yerba fiera. *(Se dispone a cebárselo).*

Gabriel. — *(Metiendo en la coyuntura).* Y yo te leo el poemita este...

Ramón. — *(Dejando el mate y volviéndose a él).* Mirá, che: a vos te voy a contar un cuento, a ver si te convencés. Este era un zorro al que sacaron matando, de un gallinero, una cuadrilla de perros. Lo llevaban campo afuera, errándole tarascones, cuando al pasar bajo un

árbol en que dormía un payador, se llevó por delante su guitarra. La viola rodó cantando bajo sus patas, y el zorro, entre gambetea y gambetea, gritó en su idioma: ¡Como pa músicas voy!...

Gabriel. — *(Con asombro).* ¡Oh! ¿Y qué me quieres decir?...

Ramón. — ¡Que te dejés de milongas, aura! ¡Que no estamos pa versitos!

Claudio. — *(Se vuelve a sentar, tranquilo ya, comunicativo).* El caso es éste: vuelvo después de cinco años, enfermo, quebrado, histérico. Necesito de mi madre para curarme; ella precisa de mí para vivir. Prometo, juro, estoy dispuesto y resuelto. Y cuando me alzo, me desprendo de sus brazos para lanzarme a la senda nueva, del trabajo y de la paz… ustedes ven: el compañero, la huelga, mi conciencia. Sobre todo esto: ¡mi conciencia!

Ramón. — *(Fraternal, amorosamente).* ¡Pero, hermano! Empezará por convencerte que no sos imprescindible allí. Hay muchos que ocuparán tu lugar. Nadie, en justicia, podrá reprocharte nada. Si te salís de la güella, te haces a un lao pa vivir tu vida, te lo hallarán bien. *(Claudio le mira y él remarca).* Sí, sí, hermanito: lo hallarán bien… Porque del caballo que uno quiere, hasta

el relincho le parece lindo. Y a vos te quieren: lo hallarán lindo…

Gabriel. — Cada cual vive lo suyo; va donde le llama su alma, su vocación. Date el trabajo, Claudio. Como yo al arte. Como éste…

Ramón. — *(Manotéandole las greñas).* ¡Yo a las cerdeadas, che! *(Echa mano a la cintura y amaga cortarle el pelo; el otro resiste buenamente).* ¡Dejá, no te resistás!...

Claudio. — *(Ensimismado, lejano, ausente).* Sí, sí. Arte, trabajo, amor… Cualquier cosa que brote de una vida apasionada, es bella siempre; ya sé. Pero, ¡ay!, muchachos. La belleza es poca cosa, para el que marcha tras la justicia. ¡Con el pueblo, para el pueblo! Éste fue mi sueño. ¿A qué engañarme, ahora?... Arte, trabajo, amor… *(Sacude la cabeza, desolado).* ¡No, no! Dentro de mí, en mi conciencia, eso tiene un solo nombre: ¡miedo a la lucha, miedo a la vida, miedo a todo!

Va a llorar, cuando aparecen María y Mecha; la madre siente en la entraña la crisis del hijo.

María. — ¡Hijito! *(Va a él y le toma la cara).* ¿Qué tienes, Claudio?...

Claudio. — *(Repuesto, sonriendo).* Nada, nada. Hablaba con los amigos…

María. — ¡Volviste prontito, eh! ¡Gracias!

Gabriel. — *(A Mecha).* ¿Cómo está, Mecha?... Feliz, con el retorno de Claudio, ¿no?

Mecha. — ¡Imagínese! Y usted *(dándole la mano),* ¿cómo está, Gabriel?

Ramón. — Bien, muy bien de la voz. *(A Gabriel).* Ahí tenés el candidato pa tus versitos. ¡Desembucháte, perdiz! *(Quedan aparte).*

Claudio. — *(A María).* Volví, sí. Ya ve, mamá...

María. — Gracias, hijito. Ya soy feliz. Creo en ti y estoy contenta.

Claudio. — *(Toma el periódico y va a leer).* ¡Mi pobre vieja!

María. — No, no leas, ahora. Vamos a conversar... *(Le retira el periódico).* ¿Sabes?... Ramón le ha prometido a Mecha dejar también...

Claudio. — *(A Ramón).* ¡Ah, sí! ¿También tú, paisano?...

Ramón. — *(Se acerca, seguido de Mecha; Gabriel solo, pasea frente al balcón, leyendo).* ¿Qué, che?

María. — Gracias a usted lo mismo, Ramón. Por mí y por su pobre madre... ¡Ah, muchachos, cabezas locas! *(Arregla cualquier cosa sobre la mesa).* Ustedes no sabrán nunca lo que sufrimos nosotras con esas...

Gabriel. — *(Deteniéndose, con alarma).* ¡Oigan! Parece que han salido del local los metalúrgicos. Vienen hacia aquí cantando. ¿Oyen?...

El himno "Hijos del pueblo, te oprimen cadenas", empieza a llenar la escena, se cuela como un viento por las hendijas; todos escuchan.

Claudio. — *(Enderezándose, poco a poco).* ¿Oye, mamá? "¡Hijos del pueblo!" ¡Cinco años que no lo oía! ¡Lo cantan mis compañeros! ¿Oye?...

María. — *(Abrazándole, apretándole).* Sí, sí, oigo, hijito, sí. Pero serénate; queda quieto.

Claudio. — *(Ya con la vida en la calle, resplandeciente).* ¡Abre el balcón, hermano! *(A Ramón).* ¡Que nos alumbre ese canto! ¡Que nos bendiga! *(Ramón se mueve para ir).*

María. — ¡No! ¿Para qué?

Mecha. — *(Cortándole el paso).* ¡No abra, Ramón!

Ramón. — ¡Oh!, ¿y por qué no, querida? Vamos a oírlo mejor; podremos verlos pasar también. *(La separa y va al balcón, cuando el clarín da su primer toque de alarma).*

Gabriel. — ¡El clarín de los cosacos!

Ramón. — ¡Caray! ¡Se va a aguar la fiesta! ¿Oyes, che, Claudio? *(El himno vuelve).* ¿Qué hacemos?

Mecha. — *(Frente a él).* ¡Nada! ¿Qué van a hacer?... ¡Nada!

María. — Nada, ¡Claro! ¡Quedarse aquí! ¡Esperar que pasen!

Claudio. — Y el canto sube, no más; ¡vuelva, viene!... ¡Hijos del pueblo! ¡Qué triste y qué heroico! Parece un sol entre la tormenta.

Suena otra vez el clarín y simultáneamente se inicia el tiroteo: caballazos, gritos, rebotes de bala.

Voces. — ¡Adelante! ¡Abajo! ¡Viva la huelga! ¡A la fábrica! *(Y por arriba de todo, como una niebla cárdena, la canción).* ¡Hijos del pueblo, te oprimen cadenas!

Claudio. — *(Repitiendo, moviéndose hacia la puerta).* ¡Hijos del pueblo, te oprimen cadenas! ¡Vamos! ¡Vamos!

Ramón. — ¡Vamos!

María y Mecha. — ¡No, no! ¡Ramón! ¡Claudio! ¡Acuérdense! ¡No! *(Los inmovilizan).*

Gabriel. — *(Arrojando el libro).* ¡No! ¡Quédense ustedes! ¡Voy yo! *(Se dirige a la puerta y mientras la abre, dice).* Yo no tengo ni novia ni madre. ¡Es a mí a quien llama el canto!... *(Va a salir, cuando llena la puerta el Compañero).* ¡Ah!, ¿usted?... ¿Venía a buscarme?... ¡Ya iba yo! *(Desaparece).*

COMPAÑERO. — *(Queda sobre la puerta, teniéndose tambaleante).* ¡Claudio! *(Con la voz rota).*

CLAUDIO. — *(Reconociéndolo).* ¡Araujo! ¡Viejo Araujo! *(Se deshace de su madre, corre a él y le recibe en brazos).*

MARÍA. — ¡El Compañero!

CLAUDIO. — *(Sosteniéndole, pues el otro se le cae).* Pero, ¿qué tienes, viejo? ¿Estás herido?... *(El compañero dice con la cabeza "sí").* ¿Mal herido?...

Ramón y Mecha se acercan y le ponen una silla, en que cae; María le sostiene.

¿Tú eres el que ha venido a buscarme hoy tres veces?... *(El Compañero, con la cabeza: "sí").* ¡Tres veces! ¿A mí, a tu discípulo, al que enseñaste, junto con el oficio, el ideal?... ¡Pobre viejo! *(Le besa la frente).*

El Compañero, por sobre el grupo inclinado sobre él, levanta la mano y señala la calle, de donde viene, en trozos rotos, cada vez más lejano, el himno.

¡Sí, sí! ¡Hijos del pueblo! ¡Oigo, sí, viejo! Comprendo. ¡Ya voy! *(El Compañero dobla el cuello para morir; Claudio le toma la diestra).* ¡Y fue preciso que vinieras a golpear con tu mano ensangrentada mi corazón, para que al final te oyera! ¡Pero, ahora, voy!

María y Mecha. — *(Sosteniendo al moribundo).* ¡Pero, Claudio, Ramón! Este hombre se muere. ¡Se muere!

Claudio. — ¡Ya voy! *(Saliendo).* ¡Ya voy! *(Desde la puerta, a Ramón, fríamente).* ¿Tú te quedas?

Ramón. — *(Siguiéndole).* ¡No! ¿Por qué?... ¡También soy hijo del pueblo yo!

Salen, y con ellos se va, se aleja, recula hasta apagarse el himno.

Fin



de la obra



ANEXOS

Rodolfo González Pacheco

junto a su compañera, año 1948.

Una cronología de Rodolfo González Pacheco

Por Vladimiro Muñoz

Desde el comienzo hasta el fin, la vida, la personalidad, el pensamiento, la obra de Pacheco son una proclamación del más alto y puro anhelo de ser libre, surgido en la mente y en el corazón del ser humano.

Alfredo de la Guardia

1841 Agustín González nace en el Uruguay: será el futuro padre de Rodolfo González Pacheco.

1861 Benicia Pacheco nace en Tandil (Argentina): será la futura madre de Rodolfo González Pacheco

1881 Carlos Rodolfo González Pacheco nace el 4 de mayo en Tandil, bautizándosele el día 24 en la parroquia local. Recordando a su pueblo natal, escribirá: "Mi Tandil es como un indio petiso lampiño, grave, que ha muerto, al huir a la cordillera, en el primer altiplano, pero cuyas provisiones han rodado de sus hombros cuesta abajo. Su agua, sus yugos, sus

frutas, se han reproducido en fuentes, en huertos, en árboles. Sus angustias de vencido se le volvieron aves. Y todo eso brota ahora, sube de las hondonadas, con la fuerza suave y segura, mientras él duerme, amontonado en la loma, hecho roca, roca, roca...".

1882 El padre de Pacheco tiene en Tandil un comercio de ramos generales.

1885 Nace Teodoro Antillí en Argentina; sobre él escribirá Pacheco: "Antillí fue autodidacta, en la más bella y viril acepción de este vocablo. No vino al anarquismo desde las bibliotecas, sino del fondo doloroso de la vida. Y cuando abrió los libros, fue para hacerse compañero de los sabios, no su esclavo". Errico Malatesta funda en Buenos Aires la revista *Questione Sociale,* en italiano y español: difundirá en el país la modalidad ácrata del comunismo libertario, a la que adherirán Pacheco y Antillí. Sobre este último Pacheco recordará: "Como, al decir Barrett, hay ciertos hombres-naciones, Antilli fue entre nosotros el hombre-idea. Se podía confiar en él más allá de cualquier límite. Ponía la mano y echaba leña a todas las fogatas, motineras o ideológicas, pero sin concederles más méritos que el del herrero a su martillo y su yunque. Lo que trabajaba en ellas era un solo metal siempre: el comunismo anárquico".

1887 Muere Agustín Gonzáles. En Buenos Aires aparece el periódico anarcocomunista *El Socialista.*

1889 Cesa su aparición *Questiene Sociele*, en total 14 números.

1890 El 18 de mayo empieza a publicarse en Buenos Aires el periódico libertario titulado *El Perseguido*

1893 Rodolfo González Pacheco inscripto en la Escuela de Comercio de Buenos Aires. El 23 de enero se funda el periódico libertario *La Liberté*, en idioma francés, cuyo director es el anarquista galo Alexandre Sadier.

1894 Rodolfo González Pacheco deja sus estudios comerciales y vuelve a Tandil.

1895 Sadier reemplaza *La Liberté*, por *Le Oyelon*, nuevo periódico libertario de Buenos Aires. En La Plata aparece el periódico ácrata *La Anarquía.*

1896 En Luján, el doctor John Creaghe funda un nuevo paladín libertario: *Libre iniciativa.* Importante obra libertaria: Aparece en Argentina *El principio del arte y su destino social*, por P.J. Proudhon (Buenos Aires: editor B. Gutiérrez de Quintanilla, tomo I de 264 pp. y tomo II de 279 pp).

1897 El 31 de enero finaliza su publicación *El Perseguido*; pero continúa la difusión libertaria de *La Protesta Humana* de Buenos Aires, que aparece el 13 de junio dirigido por el ebanista catalán Gregorio Iglán Lafarga. Otro catalán, José Prat, se hace cargo este mismo año de esta publicación y a la vez traduce esta importante obra: *Psicología del anarquista - Socialista*, de A. Hamón (Buenos Aires: "La Elzeviriana", 234 pp).

1900 Rodolfo González Pacheco trabaja como escribiente en la municipalidad de Tandil. Empieza a escribir versos y prosa; algunas colaboraciones suyas aparecen en el periódico *Luz y verdad*, con el seudónimo "Solrac" (Carlos al revés). Con un grupo de amigos funda el periódico *Futuro* y se hace anarquista; su hija Elma recordará: "Anarquista es quien basándose en hechos, ideas y sentimientos, es capaz de negar el principio de autoridad, e idear nuevas formas de relación entre los hombres".

1904 El 19 de abril *La Protesta* reemplaza a *La Protesta Humana.*

1905 Rodolfo González Pacheco de nuevo en la capital; su hija Elma lo recordará así: "El anarquista soñador y poeta, vehemente y violento, apareció en Buenos Aires".

1906 Encuentro de Teodoro Antillí con Rodolfo González Pacheco, que recordará: "Antillo fue un anarquista claro y sugerente, de caudal vivo". Los dos fundan los periódicos libertarios *Campana Nueva* y *Germinal*, en Buenos Aires. Pacheco, junto al ex policía y ahora libertario, Federico A. Gutiérrez, funda en Buenos Aires el periódico libertario *La mentira,* con un curioso subtítulo: "Órgano de la patria, la religión y el Estado".

1907 *Rasgos*, por Rodolfo González Pacheco, es su primer libro publicado (prosa y poesía), Pacheco interviene en la huelga de los conventillos, que apoya el diario bonaerense *La Razón,* dónde trabaja su amigo el libertario Tito Livio Foppa. Sobre esta huelga Juana Bouco Buela escribirá: "Te recuerdo con tu corbata voladora, allá por el año 1907, cuando recorríamos barrios humildes y en sus conventillos, sobre sus umbrales hacíamos de ellos tribuna para decirles a sus habitantes que debían rebelarse contra el capitalismo que los explotaba"

1908 *La Protesta* aparece como diario matutino. Santillán recordará que entre sus talleres se imprimían dos cotidianos anarquistas, caso único en el mundo ya que por la tarde veía la luz *La Batalla*, bajo la dirección de Rodolfo González Pacheco y Teodoro Antillí. En Paraná aparece *La Ráfaga*, órgano

libertario de la Federación Obrera Entrerriana.

1910 Juana Rouco Buela recuerda a G. Pacheco: “El centenario argentino, aquel hermoso movimiento que fue toda una gesta revolucionaria, me parece verte trepado en los balcones y ventanas, junto a Fernando del Intento, Grisolía y tantos otros, luchando por la libertad de los hombres. Recorrimos las calles de La Plata, llenos de entusiasmo y corazón”. Le represión autoritaria devasta y destruye los talleres de *La Protesta*, algunos de cuyos números logra hacer reaparecer el “indio” Barrera (Apolinarlo Barrera); pero, la mayoría deben publicarse en Montevideo, a cargo del estudiante Juan Emiliano Carulla. *Germen* —periódico libertario— aparece el 15 de abril en Santa Fe.

1911 *Alberdi* es un nuevo periódico libertario fundado en Buenos Aires por Rodolfo González Pacheco, Teodoro Antillí y Apolinario Barrera. Deportación de Pacheco a la austral Ushuaia, de donde regresa este año, para luego fundar en Buenos Aires otros paladín libertario, *Libre Palabra*, con su amigo Tito Livio Foppa. La reconstrucción de los talleres de *La Protesta* está a cargo de Alberto Ghiraldo, Rodolfo González Pacheco y Teodoro Antillí. Pacheco y Foppa se embarcan hacia México, para participar en la Revolución Mexicana. Pacheco envía a *Tierra*

y Libertad de Barcelona colaboraciones sobre esta revolución. En Buenos Aires aparece el folleto *De Ushuaia*, por Rodolfo González Pacheco y también, el 1º de octubre aparece *El Manifiesto,* periódico libertario fundado por Pacheco y Antillí.

1912 Pacheco y Foppa en La Habana, donde el primero confenrencia sobre "El Emigrante". R. Lone (Jesús Louzara) recordará: "Fue ya hace muchos años cuando por primera y última vez vi a Pacheco, en la capital, La Habana (Cuba) y al que, sin eufemismos ni petulancia, yo titulo "el Perinclito de la oratoria". Con Fopppa, que tiene una corresponsalía para la revista *Fray Mocho* de Buenos Aires, Pacheco se embarca para España.

1913 Pacheco conferencia en Barcelona y varias ciudades gallegas, a la vez que escribe para *La Protesta* de Buenos Aires. La Biblioteca Emilio Zola de Santa Fe publica *Germen*, en su segunda época. A fines de año, Antillí es encarcelado por un artículo defendiendo a Simón Radovitzky.

1914 En agosto, Pacheco y Foppa se hacen repatriar desde España y regresan a Buenos Aires. Luego de tres meses preso, Antillí recobra la libertad. Muere el anarquista español Antonio Loredo y recordará Pacheco: "Ha muerto cuando ya no tenía más que

entregarnos. Ocupado en darlo todo, se olvidaba de comer y de bañarse. Tal lo vi la última vez entre los trabajadores de Barcelona: flaco, raído, descalzo, con las greñas como ramas arrastradas por el barro". Y continúa: "Ya ha muerto de trabajar de bohemio. Sus conferencias en el Ateneo Sindicalista, de dos, tres horas seguidas, le mellaban la vida, le socavaban el pecho". Aparece *El Sofisma Socialista*, de Julio R. Barcos (Buenos Aires: Biblioteca "La Antorcha", 54 pp).

1916 *Las Víboras*, por Rodolfo González Pacheco, boceto dramático en un acto, es estrenado el 16 de septiembre por la compañía Muiño-Alippi, en el Teatro Nuevo de Buenos Aires. Ingresa en la redacción de *La Protesta* el panadero asturiano Emilio López Arango.

1917 Se funda en Buenos Aires la agrupación Anarquista *La Obra*, que publica un periódico del mismo nombre, siendo sus fundadores Rodolfo González Pacheco y Teodoro Antillí. Costean esta publicación con productos agrícolas y Pacheco recordará: "También yo iba el otro día con un carrito cargado de trigo hasta las estacas. Iba desde esta chacrita que, con Antillí, surqueamos hacia el molino, la imprenta que nos imprime *La Obra*. Llevaba pan". *La Inundación* por Rodolfo González Pacheco, drama en tres actos, es estrenado el 29 de octubre, por la compañía Pablo Podestá, en el Teatro Nuevo de Buenos Aires.

1918 Recordará Santillán que *La Protesta*, "mantuvo una oposición cerrada contra la supuesta dictadura del proletariado en Rusia". Y añadirá: "Fue un puntal de fidelidad al pensamiento libertario cuando la sugestión de la revolución de octubre de 1917 sacudió al mundo del trabajo". A fines de este año Santillán ingresa en la redacción de *La Protesta*. En La Plata aparece la revista libertaria *Ideas*.

1919 *Carteles*, por Rodolfo González Pacheco; comentario sobre este libro en el semanario *El Hombre* de Montevideo (Nº 131 del 36 de abril): "Quien lea Carteles puede afirmar que conoce de cuerpo entero a Rodolfo González Pacheco". Un edicto gubernamental (5 de mayo) suprime momentáneamente toda la prensa libertaria que hasta ese momento se publicaba en la Argentina; en agosto, para reemplazarla, aparece *Tribuna Proletaria*, fundada por Mario Anderson Pacheco y Alberto S. Blanchi.

1920 *Magdalena*, por Rodolfo González Pacheco, obra teatral de un acto, es estrenada el 9 de junio, por la compañía Muiño-Alippi en el teatro Buenos Aires, de esta ciudad. Aparece *El libertario*, periódico fundado por Pacheco y Antillí, en Buenos Aires; el 23 de octubre se interrumpe en su n° 15. Se publica en Córdova (Argentina), la revista libertaria *Mente*, en la cual Pacheco colabora con un hermoso trabajo sobre Malatesta.

1921 El 25 de marzo se funda en Buenos Aires el periódico libertario *La Antorcha*, siendo Pacheco uno de sus fundadores. *Hijos del Pueblo*, por Rodolfo González Pacheco, obra de teatro en un acto, es estrenada el 29 de junio, por la compañía rioplatense que encabeza Alfredo Camiña, en el Teatro Boedo de Buenos Aires. En su cartel *Gualeguaychú* escribe Pacheco: "No van a ser nuestros huesos los que se alzarán de la tierra, sino nuestros pensamientos de amor, de paz, de vida libre. Caigamos, pues por algo más que por odio o por venganza: ¡por la libertad, que ha de perdurar eterna; más allá de nosotros, más allá de los tiranos; más allá siempre!".

1922 El 9 de enero aparece el prestigioso suplemento semanal de *La Protesta*. En General Pico (Argentina) empieza a publicarse el periódico libertario *Pampa Libre*; y en Tandil aparece otro paladín ácrata: *La Verdad*. *El Sembrador*, por Rodolfo González Pacheco, obra de teatro en un acto, es estrenada el 28 de julio, por la compañía Pedro Zanetta, en el Teatro Boedo de Buenos Aires.

1923 Pacheco en Chile realizando fructuosa gira de propaganda; el chileno González Vera recordará: "Pacheco habla como escribe. Su frase nace del mismo modo inaudito, idéntica originalidad, cortada como un hacha. El discurso pierde su identidad con

el cartel solo por el tono y el ademán que van individualizando cada frase. Además, tiene la virtud de elevar al auditorio a un estado de ánimo propicio al estremecimiento y abierto a su vibración. Sabe también el difícil secreto de reemplazar cada idea por su correspondiente imagen". *Carteles del Camino*, por Rodolfo González Pacheco, reúne escritos suyos de Chile y Paraguay. Muere Teodoro Antillí; Pacheco recordará: "Cuando regresé de Chile, el mal terrible ya me lo había aniquilado. Aún escribía, pero desde la cama. Lo levanté como pude, a caricias y a alaridos, y se lo llevé a su madre, a la mamita que él quería tanto. Allá se ha muerto, allá al pie de un eucaliptus gigante, sobre las barrancas de San Pedro, quedó enterrado, como una semillita, mi hermano viejo".

1924 *¡Salud a la Anarquía!,* por Teodoro Antillí, recopilación y prólogo de Rodolfo González Pacheco (Buenos Aires: "Las Antorchas", 319 pp).; en su prólogo titulado *Los Carteles de Antillí,* escribe, G. Pacheco: "Antillí fue un sembrador que un día salió a sembrar y no volvió nunca más sobre sus pasos; acomodó su existencia a todas las intemperies y echó adelante, sembrando ideales suntuosos, de vida fuerte y alegre, como un albañil sin techo, pobre de toda pobreza, siembra palacios. Fue un escritor sin sentido utilitario, para quien escribir era donarse, aclarar, esclarecerse y producir grandezas, vivir en

grande. Un obrero que sacaba sus soldadas de sus propias sensaciones de hombre que está al pie de un yunque, con el pecho resoplante, el brazo a vuelo y el cerebro como un globo lleno de luz iluminando su obra. Tipo menos burgués yo no he visto otro". El 13 de julio aparece en Santa Fe el periódico libertario *Orientación* y un poco después la revista *Inquietud*. *Hermano Lobo,* por Rodolfo González Pacheco, obra de teatro en tres actos, es estrenada el 24 de diciembre por la compañía José Gómez, en el teatro Liceo, de Buenos Aires.

1925 *El anarquismo en el movimiento obrero,* por Emilio López Arango y Diego Abad de Santillán (Barcelona, Ediciones "Cosmos", 203 pp). interesante primer capítulo titulado: "El anarquismo en la Argentina, un campo de experimentación del moderno movimiento obrero".

1926 A causa de un artículo defendiendo a Kurt Wilckens, condenan a Pacheco a seis meses de prisión, pero se va al exterior, desde donde colabora en *La Antorcha, El Libertario* y *La Obra*. En Rosario aparece *Libre Acuerdo,* nuevo periódico libertario. *Natividad*, por Rodolfo González Pacheco, obra de teatro en tres actos, es estrenada el 31 de julio por la compañía José Gómez, en el teatro Marconi de Buenos Aires. El suplemento semanal de *La*

Protesta, en su Nº 225 del 27 de diciembre, pasa a ser quincenal.

1927 El 13 de febrero aparece en Buenos Aires el periódico libertario, en italiano, *Il Pensiero*, redactado por Aldo Aguazzi y con colaboraciones de Luigi Fabbri, Camilo Berneri y Hugo Treni. En mayo aparece, transformado en revista, *Orientación*, de Santa Fe. Se publica en Bahía Blanca la segunda época del periódico libertario *Brazo y Cerebro*. Nueva obra de teatro en un acto, *A contramano*, por Rodolfo González Pacheco, se estrena el 3 de junio, en el teatro Buenos Aires de esta ciudad, a cargo de la compañía Enrique Muiño. Aparece en junio el periódico libertario *Tribuna Libre*, de Rosario. *Certamen Internacional de La Protesta* (Buenos Aires; Editoria La Protesta, 157 páginas) en ocasión del 30º aniversario de esta publicación: colaboraciones de Max Nettlau *(Contribución de la bibliografía anarquista en América latina hasta 1914)*, D. A. de Santillán (*"La Protesta", su historia, sus diversas fases y su significación en el movimiento anarquista de América del sur*). José C. Valdés, Emilio López Arango, Luis Fabbri, Hugo Trent y B. Aladino. En noviembre reaparece Tierra Libre, en Tucumán, con imprenta propia

1928 Nuevo libro de Rodolfo González Pacheco; *Carteles de Ayer y de hoy*. Va por su Nº 178, en marzo,

Ideas, publicación libertaria de La Plata. *El Hombre de la Plaza Pública*, por Rodolfo González Pacheco, es una obra de teatro en un acto, que se estrena el 5 de junio en el teatro Buenos Aires de esta ciudad, por la compañía Enrique Muiño. *Buntar*, órgano de los anarcocomunistas rusos extrañados en la Argentina, aparece en Buenos Aires (agosto)

1929 *El Grillo*, por Rodolgo González Pacheco, obra de teatro en un acto, es estrenada el 1º de abril en el teatro de La Comedia, de Rosario, por la compañía Los tres, y reestrenada el 25 de abril en el teatro Nuevo, de Buenos Aires, por la compañía Roberto Casaux. Nuevos periódicos libertarios en la capital argentina; *Trabajo* y *Solidarita*, en alemán. También empieza a publicarse la revista anarquista *Elevación*. En Salta se publica la segunda época del periódico libertario *El Coya*.

1930 Cesa de publicarse el prestigioso suplemento quincenal de *La Protesta*, en su Nº 335. Pacheco, perteneciente al grupo editor de *La Antorcha*, es detenido en su quinta "El Terreno", situada en Ensenada. Debe pasar ocho meses en el cuadro tercero de Villa Devoto, donde aprovecha para escribir su obra de teatro *Juana y Juan*. Intelectuales uruguayos logran su liberación y extrañamiento en Montevideo, donde escribe su manifiesto *Compañeros torturados y ofendidos*.

1931 *Juana y Juan*, por Rodolfo González Pacheco, obra de teatro en un acto, se estrena el 4 de junio por la compañía Muiño-Allippi, en el teatro Buenos Aires de esta ciudad.

1933 Aún se publica en Buenos Aires la revista libertaria, en idioma castellano, *Judaica,* dirigida por el escritor Salomón Resnick. Conferencia de Pacheco sobre Anarquismo, en donde opina: "Las revoluciones son genialidades de la Historia. Esta cuenta por aquéllas, de ellas se nutre y a ellas, en fin, se refiere su avance o su retroceso".

1934 Empieza a publicarse en Buenos Aires el periódico *Acción Libertaria*.

1936 Reaparece en Buenos Aires en una nueva época, *La Obra*, publicación anarquista, en la que colabora Pacheco con nuevos *Carteles*. Obra de teatro en cuatro actos es *Compañeros,* por R. G. Pacheco, estrenada el 10 de julio, en el teatro 18 de julio, de Montevideo, por la compañía Alfredo Camiña. Al estallar la Revolución Española el 19 de julio, a causa de la sedición militar contra la Segunda República Española, Pacheco se va a España. El 24 de noviembre, *Compañeros,* se reestrena en Buenos Aires, en el Teatro de la Comedia por la misma compañía.

1937 Se funda en España revolucionaria, la *Compañía de Teatro del Pueblo*, con Rodolfo González Pacheco como director artístico, Esperanza Barroso primera actriz, José María Lado primer actor. Un comentarista expresa: "Ya tienen la CNT y la FAI creado el teatro revolucionario. Que no quede en un ensayo más. Que todos le presten el calor y la ayuda necesarios y verá de qué son capaces los dos trabajadores incansables del Arte, que son Bosquets y Pacheco, con los demás valiosos elementos que les secundan". Julián A. Rey escribirá que trató casi cotidianamente a Pacheco en la Barcelona Revolucionaria de este año. Pacheco conoce a Emma Goldman, cuando se encuentra encantada por la visita a unas colectividades. También conoce al anarquista argentino Raúl Carballeira: "Lo conocí en Barcelona, cuando la guerra civil vino a pedirme un "Cartel" para *El Quijote*; una publicación suya, pequeñita y encendida, como una carta de amor o como una pistola matagatos". Pacheco dirige, en Barcelona, los cuadernos quincenales *Teatro Social*.

1938 *Carteles de España*, nuevo libro por Rodolfo González Pacheco. Regresa a Buenos Aires y en España, un comentarista lo recordará: "Rodolfo González Pacheco, el anarquista argentino; el artista tan universalmente conocido, más que por sus obras teatrales, tan numerosas y buenas, por sus carteles, síntesis, cada uno de ellos de idealismo y rebeldía".

1940 *Manos de Luz***,** por Rodolfo González Pacheco, obra de teatro en tres actos, es estrenada el 6 de junio, por su compañía Bianca Podestá, en el teatro Smart de Buenos aires. En esta década será publicada por los “Cuadernillos Inquietud”, Nº 7 de Tupiza, Bolivia.

1946 Reaparece en Buenos Aires una nueva época de *La Obra*. Se funda en Buenos Aires el periódico libertario *RECONSTRUIR.*

1947 Eugen Relgis llega al Uruguay dejando atrás su Rumania natal dominada ahora por los bolcheviques, y recordando a Pacheco escribirá: “Personalmente, le soy deudor de hallarme aquí, en ese rincón de paz y libertad del continente americano. Fue a mi llegada al Uruguay, en diciembre de 1947, después de mis largas peregrinaciones de europeo exiliado, que me enteré de las gestiones que este compañero fraternal, cordial y generoso emprendió para procurarme lo que en lenguaje estatal se llama ‘visado’, o sea el derecho de entrada en un país donde, cuando menos, sea posible salvaguardar la libertad de pensar y de activar por los ideales permanentes de paz, justicia y cultura”. Las gestiones las realizó Pacheco con el escritor Justino Zabala Muñiz. *Cuando aquí había reyes*, por Rodolfo González Pacheco, obra de teatro en tres actos, estrenada el 10 de mayo en el salón “Unione e Benevolenza” de Buenos Aires,

por la Asociación Israelita Pro Arte. En *Inquietud*, de Montevideo, Junio Nº 34, p, 3. *Kurt Wilckens*, por Pacheco, al ser el día 16 de vigésimo cuarto aniversario de su muerte.

1948 *Cuando aquí había reyes*, en español, se estrena el 28 de mayo en el teatro Solís de Montevideo, por la Compañía Nacional de Comedia del Uruguay. El presente cronólogo saluda a Pacheco, luego de hablar éste en un mitin libertario que tiene lugar en la plaza Libertad, de Montevideo, y le transmite los saludos afectuosos y fraternales del libertario Raúl Caballeira, desde Bézlers (Francia). *Carteles*, por Rodolfo González Pacheco, y *Esbozo de una Filosofía de la Dignidad Humana*, por Paul Gille, en un solo volumen (Buenos Aire, Editorial Más Allá).

1949 Rodolfo González Pacheco fallece el martes 5 de julio a las once y media de la mañana, en Buenos Aires. El miércoles 6 depositan sus restos mortales en el Panteón de los Artistas. El jueves 14 es incinerado y sus cenizas depositadas en una urna, mezcladas con tierra rojiza que él mismo, para tal fin, había traído de España. Al morir deja inconcluso el drama *El cura*, con un prólogo y un acto. Pacheco también había colaborado con el comediógrafo Pedro E. Pico y de esta coautoría surgieron las obras teatrales siguientes: *Que la agarre quien la quiera; Campo de hoy, amor de*

nunca; Juan de Dios, milico y paisano; Nace un pueblo. Numerosos obituarios en la prensa libertaria sobre la desaparición de Pacheco. En *La Protesta*, de julio en cabecera, Rodolfo González Pacheco, por la redacción: "Bregó por la justicia y cual nuevo Quijote —caballero sin miedo y sin tacha—, salió lanza en ristre a desfacer los agravios de nuestra época y de nuestra sociedad, no transando jamás con el enemigo, aunque quedara solo, o casi solo, en el campo de batalla". *Te fuiste, Pacheco,* por Juana Rouco Buela (en este mismo número de *La Protesta*): "Te fuiste, Pacheco, pero el ideal que defendiste y propagaste queda, y queda toda tu obra, que nada ni nadie podrá borrar, después de la historia de un hombre que lo dio todo por liberar a la humanidad de la explotación y la esclavitud". Este ejemplar de La Protesta propugna un "Acto en recordación del compañero R. G. Pacheco", auspiciado por el C. F. de la FORA. *La Obra* y el grupo editor de *La Protesta*.

1953 *Teatro Completo*, por Rodolfo G. Pacheco, prólogo de Alberto S. Bianchi (Buenos Aires, Ediciones "La Obra", tomo I, de 271 pp. y tomo II, de 187 pp).

1954 *Rodolfo González Pacheco, In Memoriam,* artículo ilustrado por Luis Di Filippo, en el diario *El Litoral,* de Santa Fe, del 7 de agosto. Capítulo sobre Pacheco en el libro *Imagen del Drama,* por Alfredo de la Guardia.

1959 Actos recordatorios en Buenos Aires en el décimo aniversario de la muerte de Pacheco. En el Teatro de la Arena, en la plaza Miserere, el 5 de julio a las 9 de la mañana, ocupando la tribuna la hija mayor de Pacheco, un actor, un escritor teatral y Alberto S. Bianchi, animando el acto el libertario Peries. El 6 de julio a las 19 horas, en el teatro independientes de San Martín 766, conferencia: "Rodolfo González Pacheco, el dramaturgo", por el prof. Raúl H. Castagnino, y "Rodolfo González Pacheco, el hombre", por Julián A. Rey; en la segunda parte, presentación de *El Cura*, en una lectura interpretada por los alumnos del Teatro Escuela Cartel; finalmente, exposición bibliográfica e iconográfica. *Albores de Libertad*, por Eugen Relgis (Buenos Aires, Editorial RECONSTRUIR, 92 pp).; en las pp. 47-49. *Perfiles, Rodolfo González Pacheco,* José Aiuto recuerda en *Voluntad*, de Montevideo (Nº 74, setiembre, p. 3), su segunda visita a España: "Fue uno de los que, impulsado por las ansias de redención, se alejó de la República Argentina para situarse en España y defender la Revolución naciente" (1936-39).

1963 *González Pacheco,* por Alfredo de la Guardia (Buenos Aires: Cuadernos de las Ediciones culturales Argentinas, 139 pp., ilustraciones, Biblioteca del Sesquicentenario). El autor visitaba a Pacheco en sus últimos tiempos, y en la p. 31 recuerda: "Entendía, ahora, que el camino debía ser muy largo

para alcanzar aquella "tierra prometida", de libertad e igualdad, demasiado elevada, demasiado límpida en su pensamiento, para que pudiera estar cerca, tal como había creído en su juventud, cuando los himnos resonaban en las calles con el compás del entusiasmo y de la victoria. Pero sabía, también, que lo importante era la lucha —concepto ibseniano—, por el ejercicio espiritual que representa, por el afán de ascensión, por el decisivo anhelo que siente el hombre de depurarse. El triunfo o la derrota tienen, únicamente, una significación inmediata y circunstancial. La guerra es de muchas batallas, en muy diversos campos, a muy largo plazo, tal vez eviterna".

1964 *Rodolfo González Pacheco, Anarquista de la Pampa,* por el presente cronólogo, es una recensión del libro Alfredo de la Guardia (Toulouse, Francia; revista libertaria *Cenit*, julio-agosto).

1965 *Mi padre, rasgo biográfico de Rodolfo González Pacheco*, por Elma González de Trejo (México, revista *Tierra y Libertad*, mayo-junio, Nº 266, pp. 35-39); Elma escribe: "No conocemos el lugar donde quedaron sus cenizas mezcladas con un puñado de roja tierra, que con tal fin, trajo de España. Ni su voz metálica, ni la mirada de sus ojos verdes ni sus duras manos, ni su gesto altivo. Pero sí el orgullo por su vida de lucha sin claudicaciones, las páginas

que escribió, teatro o cartel, expresión poética de su pensamiento, y su recuerdo".

1966 *R. González Pacheco, el hombre* por Julián A. Rey (México: *Tierra y Libertad*, Nº 283 de agosto y Nº 287 de noviembre).

1968 *Encuesta América - Europa, invitación, selección historia* por Eugen Relgis (México, Ediciones *Tierra y Libertad*, 141 pp.); Pacheco responde en las pp. 65-67.

1972 Aparece *La Protesta Humana*, periódico anarquista que marcó una época de lucha, por Diego Adab de Santillán (Buenos Aires, diario *La Opinión,* del martes 13 junio, p, 8). *Un anarquista en Buenos Aires* (1890-1910) por Eduardo G. Gilimón (Buenos Aires; La Historia Popular, 117 pp, ilustraciones, Nº 71, de la colección); reedición de *Hechos y Comentarios,* pero sin la parte final, "páginas íntimas".

Hijos del Pueblo

Hijo del pueblo, te oprimen cadenas
y esa injusticia no puede seguir,
si tu existencia es un mundo de penas
antes que esclavo prefiere morir.

Esos burgueses, asaz egoístas,
que así desprecian la Humanidad,
serán barridos por los anarquistas
al fuerte grito de libertad.

Rojo pendón, no más sufrir,
la explotación ha de sucumbir.
Levántate, pueblo leal,
al grito de revolución social.

Vindicación no hay que pedir;
sólo la unión la podrá exigir.
Nuestro pavés no romperás.
Torpe burgués.
¡Atrás! ¡Atrás!

Los corazones obreros que laten
por nuestra causa, felices serán.
Si entusiasmados y unidos combaten,
de la victoria, la palma obtendrán.

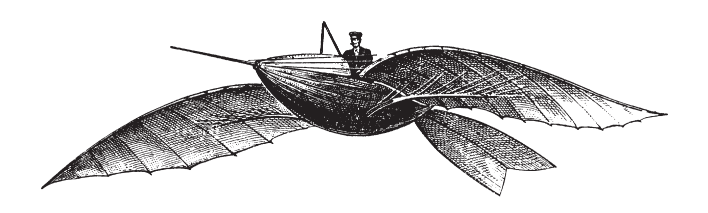
Los proletarios a la burguesía
han de tratarla con altivez,
y combatirla también a porfía
por su malvada estupidez.

Rojo pendón, no más sufrir,
la explotación ha de sucumbir.
Levántate, pueblo leal,
al grito de revolución social.
Vindicación no hay que pedir;
sólo la unión la podrá exigir.
Nuestro pavés no romperás.
Torpe burgués.
¡Atrás! ¡Atrás!



Compuesta originalmente en 1885, "Hijos del pueblo" también tuvo su versión española durante los agitados días de 1936, siendo reinterpretada y grabada por el Orfeó Català de Barcelona bajo dirección de Francesc Pujol.

Índice



CUADERNOS DE LITERATURA

La idea anarquista es una idea del movimiento. Desde las vibraciones del átomo hasta los estruendos cósmicos, el impulso anarquista cruza nuestro pensamiento y nos interpela a deliberar acerca de las corrientes que cruzan los cuerpos sociales. En el flujo del tiempo, la anarquía es una posibilidad, un camino armónico que podemos transitar. No es el estadio final: la naturaleza no se detiene, no existen formas sociales fijas.

Estos Cuadernos de Literatura traen las notas del viaje que no acaba. Guardados en la alforja, archivan las impresiones de individuos que creyeron, y siguen creyendo aún, que el acto creador, la imaginación suelta que se expande hacia la utopía, es el primer germen contra toda autoridad, el movimiento necesario para libertarnos de nuestro estado de servidumbre.

¡Viva la autogestión!

Nos alegra saber que has llegado a un libro del catálogo de Editorial Eleuterio. Esta es una versión electrónica de un título que también está disponible en ferias, librerías, bibliotecas y archivos. La reproducción material de libros es fundamental como método de propaganda: es un oficio aliado con el universo de las imprentas y las bibliotecas. Por eso, incentivamos el apoyo a los proyectos autónomos.

Aporta con el desenvolvimiento libre de las ideas y conocimientos: asiste a encuentros como ferias, lanzamientos y foros; consulta catálogos editoriales; comenta, comparte, intercambia, regala, multiplica libros; arma bibliotecas en casa, en el barrio, en la escuela.

Los libros son alimentos. En el apoyo mutuo se cultivan. En la libertad mancomunada perduran. En el diálogo se expanden.

Visita
www.eleuterio.grupogomezrojas.org



Este libro fue proyectado desde la imaginación de Artes Gráficas Cosmos entre la antigua biblioteca de Manuel Montt y la verde casona de Salvador. Está compuesto por la familia tipográfica Minion Pro.
Terminó de imprimirse a fines de la primavera del año 2015, en Santiago de Chile.
Se lanzó en la 9ª Furia del Libro el trece de diciembre del mismo años, junto a la Compañía Teatral Fresa Salvaje.
Su edición digital apareció en Internet un veintidós de diciembre de 2016.

Es más lindo forjar el verso y cantarlo en medio de la tormenta; alzar la torre, no en el retiro, sino entre la tempestad, mientras el andamio cruje y baila sobre el vacío, y el viento, como un compañero loco, nos alborota las greñas y hace chasquear nuestras blusas como banderas.

El drama que suscita Rodolfo González Pacheco presenta a un enérgico militante anarquista enfrentado a la contradicción de querer luchar y no poder hacerlo. El conflicto se desenvuelve en la lucha social, enarbolando como consigna el canto de Hijos del pueblo, pues, tal como alientan sus versos: "si tu existencia es un mundo de penas, antes que esclavo prefiere morir".



EDITORIAL ELEUTERIO
https://eleuterio.grupogomezrojas.org